

FRANZ KAFKA

UN MÉDICO RURAL
PEQUEÑOS RELATOS

EPÍLOGO Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Ein Landarzt*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2024 by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-19958-19-8
DEPÓSITO LEGAL: B.13 348-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

El nuevo abogado	7
Un médico rural	9
En la galería	21
Una vieja hoja	23
Ante la ley	27
Chacales y árabes	31
Una visita a la mina	39
El pueblo más cercano	45
Un mensaje imperial	47
La preocupación del padre de familia	49
Once hijos	53
Un fratricidio	63
Un sueño	67
Un informe para una Academia	71

<i>Epílogo. Franz Kafka y «Un médico rural»,</i>	
por LUIS FERNANDO MORENO CLAROS	89
<i>Kafka en Acantilado</i>	187

A mi padre.

EL NUEVO ABOGADO

Tenemos un nuevo abogado, el doctor *Bucéfalo*. En su aspecto exterior poco recuerda al tiempo en que todavía era corcel de batalla de Alejandro de Macedonia. Aunque quien esté familiarizado con las circunstancias algo nota. Así, hace poco, en la misma escalinata de acceso, pude ver a un simple ujier del tribunal admirando al abogado con la mirada experta del pequeño frecuentador de las carreras de caballos, cuando éste, alzando bien alto los muslos, ascendía, escalón tras escalón, con pasos que resonaban en el mármol.

En general, el colegio de abogados aprueba la incorporación de *Bucéfalo*. Con asombrosa perspicacia, se dice que *Bucéfalo*, dado el orden social en la actualidad, está en una situación difícil y que por eso, así como por su importancia histórica universal, merece en cualquier caso un trato benévolo. Hoy—eso nadie puede negarlo—no hay ningún Alejandro Magno. Asesinar saben algunos, desde luego; tampoco falta la habilidad para ensartar con la lanza al amigo por encima

de la mesa del banquete, y para muchos Macedonia es demasiado angosta, así que maldicen a Filipo, el padre; pero nadie, nadie puede guiarlos hasta la India. Ya en aquellos tiempos las puertas de la India eran inalcanzables, pero la dirección de éstas la marcaba la espada del rey. Hoy han trasladado las puertas a otra parte muy distinta, y están más lejos, y son más altas; nadie señala la dirección; muchos tienen espadas, pero sólo para blandirlas en el aire; y la mirada de aquellos que quieren seguirlas se confunde.

Quizá por eso sea realmente lo mejor, tal y como ha hecho *Bucéfalo*, sumergirse en los libros de las leyes. Libre, sin la opresión en los flancos de los lomos del jinete, junto a la pacífica lámpara, lejos del fragor de la batalla de Alejandro, lee y pasa las hojas de nuestros viejos libros.

UN MÉDICO RURAL

Yo estaba en gran apuro: tenía por delante un viaje urgente; un enfermo muy grave me esperaba en un pueblo a diez millas de distancia; una fuerte ventisca de nieve ocupaba el vasto espacio entre él y yo; yo tenía un coche, ligero, de ruedas grandes, muy apropiado para nuestros caminos rurales; envuelto en el abrigo de piel, el maletín con el instrumental en la mano, ya estaba yo en el patio, listo para partir; pero faltaba el caballo, el caballo. Mi propio caballo había perecido la noche anterior, como consecuencia del intenso esfuerzo en este gélido invierno; mi criada corría ahora por el pueblo de acá para allá para que le prestaran un caballo; pero era en vano, lo sabía, y cada vez más cubierto de nieve, cada vez más inmóvil, yo estaba ahí parado inútilmente. La muchacha apareció en el portón, sola, y agitó la linterna; naturalmente, ¿quién iba a prestar ahora su caballo para semejante viaje? Recorrí una vez más el patio; no encontraba ninguna posibilidad; confundido, atormentado, pegué con el pie

en la frágil puerta de la pocilga que desde hace años ya no se usa. Se abrió y osciló adelante y atrás en sus goznes. Calor y olor como de caballos salió de allí. Una linterna de establo mortecina oscilaba dentro, colgada de una cuerda. Un hombre, acurrucado en el bajo cobertizo, mostró su rostro franco de ojos azules. «¿Debo enganchar ya?», preguntó arrastrándose a gatas. Yo no supe qué decir y sólo me agaché para poder ver qué más había en el establo. La criada estaba junto a mí. «Uno no sabe la cantidad de cosas que tiene acumuladas en su propia casa», dijo ésta, y los dos nos reímos. «¡Hola, hermano! ¡Hola, hermana!», exclamó el mozo de cuadra, y dos caballos, poderosos animales de fuertes flancos, aparecieron uno detrás de otro, las patas muy pegadas al cuerpo, las cabezas bien formadas agachadas como los camellos, sólo gracias a la fuerza de los movimientos de sus cuartos traseros salieron por el hueco de la puerta, que llenaron completamente. Pero al punto se irguieron sobre sus largas patas, con el cuerpo despidiendo un vapor espeso. «Ayúdalo», dije, y la voluntariosa muchacha se apresuró a alcanzarle al mozo de cuadra los arneses del coche. Pero apenas estuvo ésta junto a él, el mozo la abrazó y pegó su cara a la de ella. Ella

gritó y huyó hacia mí; marcadas en rojo, dos hileras de dientes aparecían marcadas en la mejilla de la muchacha. «¡Tú, bestia!—grité furioso—. ¿Quieres probar el látigo?», pero enseguida pienso que es un forastero; que no sé de dónde viene, y que me está ayudando voluntariamente cuando todos los demás me han fallado. Como si leyera mis pensamientos, no se tomó a mal mi amenaza, sino que se volvió hacia mí sólo una vez, mientras seguía ocupado con los caballos. «¡Suba!», dijo entonces, y efectivamente: todo está preparado. En un tiro tan hermoso no he viajado nunca, de eso me doy cuenta; así que me subo contento. «Pero yo conduciré, tú no conoces el camino», digo. «Cierto—dice él—, yo no le acompaño, yo me quedo con Rosa». «¡No!», grita Rosa, y corre hacia la casa con el presentimiento certero de lo inevitable de su destino; oigo tintinear la cadena de la puerta, que ella pone; oigo echar el cerrojo; veo cómo, además, corre por el pasillo y las otras habitaciones apagando las luces para volverse ilocalizable. «Tú vienes conmigo—le digo al mozo—o renuncio al viaje, pese a lo urgente que es. No pienso entregarte a la muchacha como pago por el viaje». «¡Arre!», dijo él; da unas palmadas; el coche es arrastrado, como made-

ro en la corriente; todavía oigo cómo la puerta de mi casa cede y salta en pedazos bajo el envite del mozo, después mis ojos y mis oídos se llenan de un zumbido que penetra en todos mis sentidos por igual. Pero también esto dura sólo un instante, pues, como si enfrente del portón de mi patio se abriera directamente el patio de mi enfermo, ya estoy allí; los caballos están tranquilos; la ventisca de nieve ha cesado; claro de luna en derredor; los padres del enfermo salen raudos de la casa; su hermana tras ellos; casi en volandas, me sacan del coche; no entiendo nada de sus confusas palabras; en la habitación del enfermo el aire es casi irrespirable; echa humo la estufa, que nadie atiende; abriré la ventana; pero primero quiero ver al enfermo. Escuálido, sin fiebre, ni frío ni caliente, con ojos vacíos, sin camisa, el chico se incorpora bajo el edredón de plumas, se me cuelga al cuello, me susurra al oído: «Doctor, déjame morir». Miro a mi alrededor; nadie lo ha oído; los padres están de pie, mudos e inclinados hacia delante, y esperan mi veredicto; la hermana ha traído una silla para mi maletín de mano. Abro el maletín y busco entre mis instrumentos; el joven sigue tanteando desde la cama hacia mí para recordarme su ruego; cojo unas pinzas, las exami-

no a la luz de la vela y vuelvo a dejarlas en su sitio. «Sí—pienso maldiciendo—, en estos casos ayudan los dioses, envían el caballo que falta, añaden un segundo además a causa de las prisas y, por si fuera poco, nos conceden también al mozo de cuadra». Sólo ahora me acuerdo otra vez de Rosa: ¿qué hago? ¿Cómo la salvo? ¿Cómo la saco de debajo de ese mozo de cuadra, a diez millas de ella, con caballos ingobernables tirando de mi coche? Esos caballos, que ahora se han soltado de alguna manera de las riendas; las ventanas, tampoco sé cómo las han abierto desde fuera; cada uno de ellos mete la cabeza por una ventana e, inalterables ante los gritos de la familia, contemplan al enfermo. «Parto otra vez enseguida», pienso, como si los caballos me conminasen a viajar, pero permito que la hermana, que me cree aturdido por el calor, me quite el abrigo de piel. Me sirven un vaso de ron, el viejo me da una palmada en la espalda, la entrega de su tesoro justifica esa confianza. Rehúso negando con la cabeza; según la estrecha mentalidad del viejo me sentaría mal; sólo por ese motivo rechazo beber. La madre está junto al lecho y me atrae hacia allí; voy hacia allí y, mientras un caballo relincha con estridencia en dirección al techo de la habita-

ción, apoyo la cabeza en el pecho del chico, que se estremece bajo mi barba húmeda. Se confirma lo que sé: el joven está sano, un poco de mala circulación sanguínea a causa del café con el que lo atiborra la preocupada madre, pero sano, y lo mejor sería sacarlo de la cama de un empujón. Pero no soy uno de esos que mejoran el mundo y lo dejo yacer. Estoy contratado por el distrito y cumplo con mi deber hasta el límite, hasta donde ya casi empieza a ser excesivo. Aunque mal pagado, soy generoso y hasta estoy dispuesto a ayudar a los pobres. Además, todavía tengo que cuidar de Rosa, y puede que el chico tenga razón y también yo quiera morirme. ¡Qué hago yo aquí en este invierno interminable! Mi caballo ha muerto, y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo. Tengo que sacar mi tiro de caballos de la pocilga; si casualmente no hubieran sido caballos, hubiera tenido que viajar con cerdos. Así es. Y hago una señal afirmativa con la cabeza a la familia. Ellos no saben nada de esto y, si lo supieran, no lo creerían. Extender recetas es fácil, pero en lo demás, entenderse con la gente es difícil. Y bien, aquí habría concluido mi visita, otra vez se me ha molestado en vano, a eso estoy acostumbrado, con ayuda de mi campana nocturna

me martiriza el distrito entero, pero que esta vez tuviera que entregar también a Rosa, esa hermosa muchacha que durante años vivió en mi casa sin que yo apenas le prestase atención... ese sacrificio es demasiado grande, y de alguna manera, con argucias que me sirven de ayuda, tengo que mantener fría la cabeza para no arremeter contra esta familia que ni con la mejor voluntad podrá devolverme a Rosa. Pero cuando cierro mi maletín de mano y hago un gesto en dirección a mi abrigo de piel, la familia se junta, el padre olfateando su vaso de ron que sostiene en la mano, la madre, seguramente desilusionada conmigo —sí, pero ¿qué espera el pueblo?—, bañada en lágrimas, mordiéndose los labios, y la hermana retorciendo una toalla profusamente ensangrentada, de alguna manera estoy preparado para admitir, dadas las circunstancias, que el chico sí que está enfermo. Me acerco a él, me sonrío, como si le llevara la sopa más reconstituyente de todas—¡ay!, ahora relinchan los dos caballos; bien debe tal alboroto, merced a una orden que viene de un lugar excelso, facilitar el examen médico...—y entonces encuentro que sí, que el joven está enfermo. En el costado derecho, en la zona de la cadera, se ha abierto una herida tan

grande como la palma de la mano. Rosada, con muchos matices, oscura en lo profundo, amarillenta en los bordes, suavemente granulada, con sangre que se ha coagulado irregularmente, abierta como una mina a cielo abierto. Así a distancia. De cerca aparece una nueva complicación. ¿Quién puede contemplarla sin emitir un tenue silbido? Gusanos, tan gruesos y alargados como mi dedo meñique, rosados en sí mismos y, además, manchados de sangre por fuera, se retuercen, aferrados al interior de la herida, con sus cabecitas blancas, con muchas patitas, a la luz. Pobre chico, nadie puede ayudarte. He encontrado tu gran herida; de esta flor en tu costado perecerás. La familia está contenta, me ve activo; la hermana se lo dice a la madre, la madre al padre, el padre a algunos huéspedes que, de puntillas, balanceándose con los brazos estirados, entran a través del claro de luna de la puerta abierta. «¿Me salvarás?», susurra sollozando el joven, totalmente deslumbrado por la vida en su herida. Así es la gente en mi región. Siempre exigiendo al médico lo imposible. Han perdido las viejas creencias; el cura se queda sentado en casa y deshilacha las casullas, una tras otra; pero el médico debe lograrlo todo con su tierna mano quirúrgica. Bien,

como gustéis: yo no me he ofrecido; si queréis usarme para propósitos sagrados, también permito que hagáis eso conmigo; ¡qué más puedo querer yo, un viejo médico rural, al que me han robado mi criada! Y ellos vienen, la familia y los más ancianos de la aldea, y me desvisten; un coro de escolares con el maestro en cabeza se planta ante la puerta y canta una melodía extremadamente sencilla con esta letra:

*Desvestidle y sanará,
y si no sana, ¡matadlo!
Sólo es un médico,
sólo es un médico.*

Ya estoy desvestido, y con los dedos en la barba, la cabeza inclinada, miro tranquilamente a la gente. Estoy absolutamente calmado y soy superior a todos y así me quedo, pese a que eso no me ayuda nada, puesto que ahora me toman por la cabeza y por los pies y me llevan a la cama. Junto al muro, al lado de la herida, me tienden. Después todos salen de la habitación; cierran la puerta; el canto cesa; nubes cubren la luna; el edredón cálido me cubre; las cabezas de los caballos se balancean como sombras en el vano de las ven-

tanás. «¿Sabes?—oigo cómo se me dice al oído—, mi confianza en ti es mínima. Has sido arrastrado aquí desde alguna parte, no vienes por tu propio pie. En lugar de ayudar, me estrechas el lecho de muerte. Lo que más me gustaría es arrancarte los ojos». «De acuerdo—digo—, es una vergüenza. Pero soy médico. ¿Qué debo hacer? Créeme, tampoco es fácil para mí». «Debo conformarme con esa disculpa? ¡Ah! Tendré que hacerlo. Siempre tengo que conformarme. Con una hermosa herida vine al mundo: ése fue todo mi equipaje». «Joven amigo—digo—, tu error es que no tienes visión de conjunto. Yo, que he estado en todas las habitaciones de enfermos a lo largo y a lo ancho de la región, te digo: tu herida no es tan mala. Está hecha en ángulo agudo con dos golpes de la azada. Muchos ofrecen su costado y apenas oyen la azada en el bosque, por no hablar de que se les acerca». «¿Es así de verdad o me engañas porque tengo fiebre?». «Es así, de verdad, acepta la palabra de honor de un médico oficial». Y él la aceptó y se quedó quieto. Pero ya era hora de pensar en mi salvación. Los caballos seguían fieles en sus puestos. Rápidamente recogí la ropa, el abrigo de piel y el maletín; no quería detenerme en vestirme; si los caballos se daban tanta pri-

sa como en el viaje hacia aquí, en cierta manera sería como saltar de esta cama a la mía. Obediente, un caballo se retiró de la ventana; arrojé el montón de cosas en el carruaje; el abrigo de piel voló demasiado lejos, sólo quedó sujeto a un gancho por una manga. Suficiente. Salté a un caballo. Las riendas sueltas arrastrando, un caballo apenas uncido al otro, el coche, dando tumbos detrás, y el abrigo de piel, lo último, arrastrando en la nieve. «¡Arre!», dije, pero no íbamos arreando; lentamente, como hombres viejos, nos arrastrábamos por el desierto de nieve; mucho tiempo se oyó detrás de nosotros el canto de los niños, nuevo pero erróneo:

¡Alegraos, oh, pacientes!

¡Os han metido al médico en la cama!

Así jamás llegaré a casa; mi floreciente consultorio está perdido; un sucesor me roba, pero sin provecho, puesto que no puede sustituirme; en mi casa hace estragos el asqueroso mozo de cuadra; Rosa es su víctima; no quiero ni imaginarlo. Desnudo, expuesto a la helada de estos tiempos malhadados, con coche terrenal y caballos sobrenaturales, yo, un hombre viejo, ando errante de

un lado para otro. Mi abrigo de piel cuelga de la parte trasera del coche; pero no puedo alcanzarlo, y ninguno de entre la lábil chusma de los pacientes mueve un dedo. ¡Engañado! ¡Engañado! Una vez que se ha seguido la falsa llamada de la campana nocturna... ya no hay remedio.